

# LA HERIDA DE LA INDEPENDENCIA

Por Rafael GAMBRA

LA vigencia emocional a través de los tiempos de la Guerra de la Independencia, la sugestión que su recuerdo ejerce aún hoy, en que conmemoramos su CL aniversario, me ha inspirado este retrospectivo examen de sus oscuras raíces históricas. El claroscuro tenebrista en que Goya vió los horrores de esta guerra; el giro de su arte, en 1808, hacia un casticismo de fondo desgarrado, revelan la vivencia por el artista de un acontecimiento histórico único, de profundidades humanas insospechadas.

LA Independencia fué, ante todo, un suceso espontáneo, imprevisto. De él resultó una inmediata situación de anarquía, sobre la que pudieron desatarse, en completa libertad, todas las fuerzas y todas las tendencias del país. Cualquier guerra internacional, incluso cualquier rebelión, se realiza sobre un plan o previsión de los sucesos y sus posibilidades, aunque sólo unos pocos los conozcan y elaboren. En la Independencia, esta previsión estuvo sólo, y en muy corto plazo, en la mente del invasor. A partir de este hecho exterior y súbito, el pueblo obró por su propia cuenta, y en la tempestad de los años inmediatos chocan entre sí todas las fuerzas encontradas: las tendencias, las pasiones, los impulsos heroicos de un pueblo herido y fanatizado.

Contra lo que suele creerse, y contra lo que sostienen los manuales al uso, el Ejército napoleónico fué gozosa, esperanzadamente, acogido en España. Para el partido de Godoy, de Carlos IV, que lo creía su aliado, era el modo de afianzarse en el poder, y de cortar el descontento general, y el general anhelo en Fernando el Deseado. Para el partido fernandista—y para el pueblo en general—era la esperanza de lograr, mediante un hecho súbito y violento, el cambio de monarca; es decir, lo que acababa de fracasar en el proceso de El Escorial.

ES entonces cuando se inicia la guerra civil. Porque la Independencia fué, también, contra lo que suele creerse, una guerra civil. La inmensa mayoría del pueblo toma el partido de la resistencia, con la rabia del que se ve engañado y vejado; con el fanatismo del que cree luchar por una causa santa. La minoría enciclopedista e ilustrada, que no participaba de estos sentimientos, sufre en ese momento una grave escisión. Sus elementos más refinados y consecuentes ven en el ejército invasor el espíritu y los ideales políticos que ellos propugnaban. Ven, por otra parte, lo insensato, lo imposible, de una resistencia anárquica contra el ejército que había dominado al mundo. Perciben, en fin, con repugnancia, el carácter religioso y fanáticamente monárquico de la resistencia popular que acaba de desatarse. Y toman el partido del invasor, y le sirven lealmente como plantel de hombres de gobierno. La otra parte de la minoría enciclopedista, la que, en frase de Menéndez y Pelayo, "por loable consecuencia dejó de afrancesarse", esperó, indecisa, hasta las primeras victorias de los españoles, y fué tomando después el partido de éstos, uniendo a su patriótico designio el de aprovechar la ausencia del rey para introducir las mismas reformas constitucionales que los invasores propugnaban y ofrecían. Estos fueron, en su conjunto, los "constituyentes de Cádiz"; los primeros liberales españoles.

La Independencia fué, en fin, una catástrofe; un hecho desastroso en la evolución de nuestro pueblo. El que, como suceso exterior e imprevisto, resultara inevitable, o el que constituyera en su desarrollo una exhibición de la vitalidad y el heroísmo del pueblo, no anulan aquel carácter calamitoso en su valoración histórica.

FUE catastrófico, ante todo, en su aspecto puramente bélico, a pesar de la victoria final. Si enfrentarse en campo abierto o en guerrillas con el ejército napoleónico era en aquel tiempo empresa casi insensata, enfrentarse con él, cuando estaba ya dentro del país y establecido en todas las posiciones defensivas y de gobierno, hubiera podido juzgarse como empresa inverosímil. Los ejércitos ingleses que aquí lucharon, se enfrentaron con el francés en la ocasión militarmente propicia y, en lo demás, permanecían encerrados en las plazas que poseían. Pero la población española estuvo durante seis años sometida a la constante acción y represión de las más feroces e irresponsables partidas y el más orgulloso Ejército hasta entonces conocido.

Pero la Independencia fué, sobre todo, desastrosa en su aspecto político e histórico. Ha sido tópico común y arraigado la decadencia y el afrancesamiento de la España borbónica del XVIII; su política a remolque de la francesa. Esta idea está sometida hoy a un proceso de revisión. Después de la derrota de las armas españolas y de las guerras religiosas del período austriaco, y simultáneamente con la difícil lucha marítima contra Inglaterra, se opera en nuestra Patria—precisamente en el siglo XVIII—una recuperación política y económica muy notable. Los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III presentan una gestión pública muy estimable y ascensional, que patentiza la capacidad de adaptación y la vitalidad que todavía poseían la monarquía y el mundo institucional de los españoles. No cabe olvidar, como contrapartida, la irrupción en el Gobierno, bajo Carlos III, de las tendencias enciclopedistas ni la expulsión de los Jesuitas, de lamentables consecuencias políticas y culturales. Pero el ambiente de serenidad y cooperación, que todavía reinaba, mantenía en todos una razonable esperanza en la recuperación del orden comunitario cristiano en que nuestra convivencia se asentaba. Es decir, que un proceso de sana incorporación restableciese, sobre bases más amplias, la armonía espiritual y la accidentalidad de las tensiones.

EL primer hecho desastroso en orden a esa esperada recuperación fué el reinado de Carlos IV, con los impopularísimos años de Godoy y el desprestigio de la real familia. No mataron estos años, sin embargo, el anhelo y la ilusión de que un nuevo reinado, el deseado, reanudara el período ascensional con la reivindicaciones pendientes. Pero fué la invasión napoleónica, la Guerra de la Independencia, lo que acabó de desarticularlo todo; lo que hizo abortar los procesos de incorporación pacífica y precipitó los de disolución violenta, creando abismos insuperables y sumiéndolo todo en rencores y celos. Posiblemente, sin ella el enciclopedismo español no habría sido desertor afrancesado, ni aun siquiera constituyente en el sentido de la Revolución Francesa. Y la gran mayoría católica y monárquica del país no habría producido guerrillas y puritanismos enfermizos, sino una favorable reacción cultural, encaminada a contrarrestar la influencia del racionalismo enciclopedista. Al menos, sin aquella guerra hubiera permanecido abierta durante mucho tiempo la esperanza de esa recuperación espiritual y religiosa. Y quizá nuestra coexistencia nacional tendría hoy la estabilidad y la seriedad política de que gozan todavía los británicos.

Pero a aquel inmenso cortejo de héroes anónimos sólo puede recordársele con el homenaje del deber cumplido. Es la Providencia, sin duda, la que escribe el destino de los pueblos por designios más profundos que sus aparentes procesos de recuperación o de decadencia.